del domingo. Hago un acto de conformidad con la voluntad de Dios, por lo que yo mismo habré de padecer».

Pone el mismo Curricque una aparición profética, para dudar de la cual no tenemos razones, y de ella sacamos estas palabras aplicables á todos los pueblos:

«Francia está muy humillada, mas también es muy culpable. Ha dado una grave caída, de la que no se levantará más que volviendo á ser cristiana. La Francia es culpable especialmente por la violación del descanso dominical, por otro vicio horrible (la lujuria), que tan común ha llegado á ser en ella, y sobre todo por la blasfemia. ¡Oh! las blasfemias son horrendas en Francia y atraen la cólera de Dios. He ahí las tres cosas que Francia debe principalmente evitar.

»En confirmación de todo esto viene lo que dijo la Santísima Virgen en la Saleta: *«Os he dado seis días para trabajar, me he reservado el séptimo, y no se me quiere conceder.* He ahí lo que hace tan pesado el brazo de mi Hijo. Los carreteros no saben hablar si no mezclan el nombre de mi Hijo... Vendrá una grande hambre».

Complemento de esto es lo que la misma celestial Madre dijo á Margarita Bays, la estigmatizada de La Pierre:

«La perversidad del mundo es tan grande, que yo no puedo detener el brazo de mi Hijo, ultrajado sobre todo por la blasfemia, la profanación de los días santos, la impureza, el abandono ó negligencia de la oración y el olvido de Dios. Por tantos crímenes y para ayudarme á contener el brazo de mi Hijo, padecerás tú un tormento muy particular».

No se dirigen estas amenazas á Francia solamente, sino á las naciones en general, pues todas están más ó menos contagiadas de la espantosa relajación francesa. Por eso la simpática y notabilísima vidente María des Terreaux profetizó como sigue:

«En el momento en que Francia sea castigada de esta manera tan terrible, todo el universo lo será igualmente. No se me ha dicho cómo. Se me ha anunciado que habría un acontecimiento tan espantoso (la revolución europea, acompañada de hambre y peste), que los que no estuvieren prevenidos, creerán haber llegado al fin del mundo; pero repentinamente acabará la revolución por un gran *milagro* (prodigio solamen-

te le llaman los demás profetas), que causará el asombro del universo. (Es la victoria del Gran Monarca). Los pocos malos que queden se convertirán. Las cosas que deban suceder *serán una imagen del fin del mundo*».

Convienen los profetas en que el poder de los demonios será grande en estos tiempos. Dios los desatará para castigo de los hombres. El V. Telesforo dice:

«Cristo mandará al Angel que suelte á Satanás para que siembre las discordias, las sediciones, las guerras, los cismas y seduzca á los que obstinadamente rechazaron los avisos del cielo. Dios, por los pecados del Clero y del pueblo, permitirá un gran cisma (estamos empezando), que será como mensajero de todos los males».

La Beata Sor Clara Isabel decía en 1800, poco antes de morir:

«Todos se regocijan porque creen pasada la época de los ayes (la del Terror); pero aun se verá otra mucho peor que la pasada... Os aseguro que falta mucho más de lo que creemos. ¿Pensáis que los ayes se acabaron? No se acabaron; lo que padecisteis es nada en comparación de lo que padeceréis. Orad por caridad, y orad mucho, para que el Señor tenga misericordia».

Elena, la estigmatizada de Ceilán, «portento de la Omnipotencia y portento de la gracia», como la llama el canónigo zaragozano D. Pedro González de Villaumbrosia, sintetizó en dos palabras todo lo que precede:

«El triunfo de la religión está próximo (han pasado desde entonces 30 años), pero el castigo que precederá será espantoso».

Lo mismo viene á decir la profecía del Beato Amadeo:

«Antes que vengan los tiempos felices, serán purgados con azotes, según está establecido».

Esa es la economía de la divina Providencia. *Deus quos diligit corripit;* y las sociedades tienen que pagar sus pecados en este mundo, no en el otro.

«Se acerca la gran visita y reforma del mundo», dijo San Francisco de Paula, hablando de un tiempo 400 años posterior á su gran profecía; y San Vicente Ferrer exclamó:

«Llorad los que seáis testigos de estruendo tan grande, que ni fué ni será, ni se espera ver otro mayor, no siendo el del juicio».

O como predijo Juan de Vatiguerro:

«Habrá tan grandes y tan diversas desgracias, que desde el principio del mundo nunca habrá tenido lugar semejante turbación, y nunca males tan numerosos, tan terribles y tan dignos de admiración habrán afligido la tierra».

Para definir mejor el tiempo en que esto ha de suceder, la misma predicción dice que vendrá después de los días que atravesamos, los cuales describe así, con la significativa concisión del lenguaje profético:

«En aquellos años estallarán sediciones y conspiraciones horribles; pero no todas aquellas sediciones y conspiraciones obtendrán lo que se propongan, porque *algunas serán reservadas hasta otros tiempos*».

Il Vaticinatore, de Da Macello, cita una profecía italiana moderna que completa de este modo el citado párrafo de Vatiguerro:

«Agitación, turbulencia, armas, sangre, apostasía... Los jefes de las naciones piensan inútilmente en salvarlas. Intervención extranjera, armas, sangre, ruinas, desórdenes, epidemias, calamidades, asesinatos, cisma, inmoralidad. *Nueva dinastía,* nuevo orden de cosas, algunos reinos extinguidos, otros mutilados, otros aumentados, otros con diferente forma».

Según el Iltmo. Vandina, citado por Cornelio à Lápide en sus comentarios al Apocalipsis, la Beata Margarita de Rávena predijo en éxtasis que la Iglesia debía padecer muchas persecuciones, y que Dios quería purgarla y renovarla con pestilencias, penurias, incendios, sublevaciones, guerras y otros males gravísimos, y que por tales medios quería restituirla á su primitivo esplendor. La profecía viene cumpliéndose desde que se hizo, siglo XVI; pero no habiéndonos restituído to-

davía al esplendor antiguo, debe consumarse en nuestros tiempos como todos los profetas anuncian. Sigamos oyéndoles. El V. Holzhauser, antes de describir el triunfo de la Iglesia y paz del mundo, profetiza los siguientes castigos, unos cumplidos ya y otros que van á cumplirse.

«El Señor aventará su trigo por medio de crueles guerras, sediciones, pestes, hambre y otros males horribles. La Iglesia latina será afligida por muchas herejías y malos cristianos: se suprimirán muchos obispados é innumerables monasterios y dignidades muy ricas por los mismos príncipes católicos. Se sujetará la Iglesia á gabelas y exacciones, de modo que podrá decirse con Jeremías que «la primera de las naciones ha sido sujeta á tributo». Será blasfemada por los herejes, y los eclesiásticos serán vilipendiados por los malos cristianos, sin que se les tenga por éstos ninguna consideración ni respeto. Atravesará tiempos de aflicción, de matanza, de defección y de toda clase de calamidades, y serán muchas las víctimas de la guerra, de la peste y del hambre. Pelearán reinos contra reinos, y otros, divididos en sí mismos (como España), serán desolados. Se destruirán principados y monarquías; habrá mucho enpobrecimiento y gran desolación en la tierra. Todo esto será permitido por justo juicio de Dios, á causa de haber llenado la medida de nuestros pecados en el tiempo de la benignidad, cuando nos esperó para hacer penitencia».

«El mundo,—profetizaba la V. Sor Natividad hace un siglo,—será afligido por guerras sangrientas; los pueblos se levantarán contra los pueblos; las naciones contra las naciones, tan pronto unidas como divididas para combatir en favor ó en contra del mismo partido: los ejércitos se chocarán espontáneamente y llenarán la tierra de mortandad y carnicería. Estas guerras intestinas y extranjeras ocasionarán enormes sacrilegios, profanaciones, escándalos, males infinitos por las incursiones que se harán contra la Iglesia, usurpando sus derechos, con lo cual recibirá grandes aflicciones».

De estos tiempos hablaba también Jesús Nuestro Señor cuando decía á Santa Margarita de Cortona:

«Yo te declaro que esperan grandes castigos á los pecadores; padecerán guerras espantosas, hambre y pestes, antes que llegue el fin de los tiempos (frase profética muy usada, que las más veces quiere decir *el fin de la impiedad*). Los fautores de los vicios de alma y cuerpo han llegado á ser tan numerosos, que es imposible dejarlos obrar impunemente por

más tiempo. Los cristianos son ahora más sabios en el mal que lo fueron los judíos en mi Pasión. *Yo exijo que los predicadores de mi palabra muevan al mundo y á ellos mismos á la conversión sin reserva*, para que vivan en mí la verdadera vida».

«Habrá tantas y tan grandes subversiones,—dijo hace medio siglo Sor Rosa Colomba Asdente,—que se verá marchar pueblo contra pueblo para exterminarse uno á otro bajo el siniestro golpe de tambores (particularidad notable de nuestros días) y de armas mortíferas. La revolución debe extenderse á toda Europa, donde no habrá ya calma sino después que la flor blanca (Gran Monarca) haya subido al trono de Francia».

Después de haber subido al de España.

El V. P. Antonio Albesani, del Oratorio de San Felipe en Savigliano, añade un detalle, y es de la falsa paz que hemos gozado en estos tiempos.

«Habrá paz, dice, pero no paz verdadera, sino paz interrumpida por turbulencias. Antes que llegue la paz verdadera habrá una guerra sin cuartel, extremadamente sangrienta, la cual se extenderá por toda Europa. Habrá también una hambre horrible».

«¡Ay tres veces de Francia! ¡Ay tres veces de Italia! ¡Ay tres veces de Alemania!—exclamaba Mariana Galtier.—El ángel no envainará la espada sino después de haber castigado á todas las naciones».

Sor María de la Cruz, ó sea Melania la pastora de la Saleta, que de labios de la Virgen había aprendido estas cosas, exclamaba:

«¡Pobre pueblo!... Tú no sabes que puedes ser pulverizado como el grano bajo la muela de las venganzas de Dios.. Pero *es inútil hablar á los hombres; la ceguedad ha llegado á su colmo;* es menester que Dios les hable, y les hablará; pero ¡no pueden imaginarse cómo! La tierra necesita de un expurgo».

En vista de que todos estos castigos son necesarios y hemos de pasar por ellos, no podemos menos de exclamar con la profetisa riminense en otro capítulo citada:

«¡Oh Dios mío! ¡Cuán inundada de pecados está la tierra! Pero, Señor, tened piedad de los pecadores... ¡Oh cuánta ne-

cesidad tiene de ser purificada vuestra Iglesia! Enviad, Señor, enviad presto los azotes que habéis preparado, porque cuanto más tarden, veo que tanto serán más terribles».

(*Luz Católica,* núm. 26=28 Marzo 1901).

Penitencia, abnegación, inmolación.

En varios periódicos hemos leído estos días la siguiente predicción ó profecía del P. Ramiere, S. J.

«La persecución se agravará de día en día. Atroz es ahora, más lo será después. En las naciones católicas se niegan á la Iglesia los derechos más sagrados; con ella no reza la libertad tan ponderada, y sus hijos están fuera de la ley. *Hay que aplastar al infame,* es la voz que resuena de un polo á otro. Si Dios no pone trabas á la dominación universal de la secta impía, la persecución moderna dejará atrás á la de los emperadores romanos, porque será más radical, y más sabiamente dirigida.

Privarán á la iglesia de toda libertad de obrar; no le permitirán ni enseñar la verdad, ni condenar el error, ni formar á sus ministros, ni resguardar á sus discípulos, ni rechazar los tiros de sus adversarios. Harán cruda guerra á las congregaciones pías, y sobre todo á las Ordenes religiosas, queriendo borrar hasta el último vestigio de ellas. Dirigirán sus tiros principalmente al Corazón de Jesús y al de la Iglesia, metiendo cizaña entre los fieles para ahogar la caridad».

Esto es literalmente lo que acontece hoy: ¿Cuál es el medio de evitarlo, cuál el de confundir á los impíos y pasear por el mundo la Cruz triunfante? La lucha de unos, la abnegación de otros, la inmolación de los héroes, la penitencia de todos. Largo es este capítulo; sólo una parte podremos poner hoy.

Ahora bien; el Cielo mismo se ha encargado de aleccionarnos directamente para que sepamos librar la gran batalla. Aquí son Jesucristo y su Inmaculada Madre los que se aparecen á San Francisco de Asís, para que funde la Iglesia de la Porciúncula, de suerte que el seráfico Patriarca dice á sus hijos al morir, esto que es de universal aplicación para la defensa de la Iglesia:

«Guardaos bien de abandonar nunca este lugar; si os echan de él por un lado, entrad allí por otro, pues es santo, es la morada de Jesucristo y de su Santísima Madre».

Todas las profecías religioso-políticas antiguas y modernas coinciden en este punto: que la acción se halla empeñada hace medio siglo entre el cielo y la tierra, no ya entre reino y reino: hubo un intervalo de casi treinta años, del cual y de sus causas hablaremos en su día, y ahora ha vuelto Europa á su misma situación de los años 68, 69 y siguientes del siglo pasado.

En lo mismo coinciden las apariciones celestiales más auténticas, ya simbólicas como la de la Santísima Virgen en Potmain, ya para hablar y corregir como en la Saleta, Chapelles, etc., etc. En todas ellas, en las citadas en otros lugares y en las que en adelante mencionaremos, aparece claro el mandato que el Cielo nos impone de ser esforzados y tenaces en defender la Causa de la Iglesia hasta la muerte.

La Santa Sede, cuyo testimonio no es, ciertamente, inferior al de una aparición ó al de un profeta, ha confirmado esto mismo en mil ocasiones, con relación á los Gobiernos, que son los amparadores de la impiedad. En su grandiosa alocución de 13 de Abril de 1872 decía Pío IX, que en muchas ocasiones fué un verdadero profeta:

«En todos los países y en todos los reinos es un deber el obedecer al que manda; pero al mismo tiempo es menester proclamar la verdad con respeto y fortaleza. Cuando las mentiras se publican abiertamente, es necesario tener el valor de refutarlas constantemente, aun en presencia de las más horribles contradicciones».

A 30 de Junio del mismo año, Pío IX añadía en un discurso:

«Elevemos nuestros ojos á Dios; tengamos confianza, estemos unidos. De la montaña caerá, por fin, una piedra que quebrantará el talón del coloso. Mas si el Señor quiere que se levanten otras persecuciones, la Iglesia no las teme; al contrario, *las persecuciones la purifican*, le dan nueva fuerza y nueva hermosura. Hay, en efecto, en la Iglesia *cosas que tie-*

nen necesidad de ser purificadas, y las persecuciones que vienen de parte de los grandes políticos, sirven mejor á este intento. Esperemos lo que Dios disponga; pero esperemos llenos de respeto y docilidad al Gobierno, exceptuando, sin embargo, las leyes que son contrarias á la Iglesia».

Parece que algunos de esos católicos de burlas, que se burlan hasta de lo más santo, han tomado á risa lo que hemos escrito sobre el ofrecimiento de la vida por la Patria, fundándonos en hechos y enseñanzas terminantes de la Sagrada Escritura. Dicen que basta luchar políticamente contra la impiedad de los gobiernos. No nos ocuparíamos de estas ridículas é impías pampiroladas, si los profetas de estos últimos siglos no nos dieran ocasión de confirmar nuestra idea y nuestro intento. Basta por hoy el testimonio de la admirable Sor Dominga del Paraíso, que repetidas veces ofreció al Señor su vida por «sus florentinos», como ella decía, y el Señor, contestándole, decía también «tus florentinos».

«Vedme aquí postrada, Señor,—dijo á Jesús un día que se le apareció armado de saetas de fuego,—descargad sobre mí toda vuestra ira, que pronta estoy á padecerlo todo por vuestro amor y *por mis florentinos*».—Déjame que los castigue, le respondió el Señor, porque son muy ingratos á mi misericordia».

Apareciósele en otra ocasión igualmente dispuesto á castigarlos, y dijo á Sor Dominga:

«Mira, esposa mía, cómo me ofenden *tus florentinos*. Deja, deja que los castigue... No puedo sufrir ya las grandes maldades de tantos ministros míos que con tan horrible tranquilidad me ofenden».

Sor Dominga pidió, rogó, suplicó á su Esposo celestial que descargase en ella los castigos, perdonando á Florencia *su cara Patria*, como le llamaba ella, y fué atendida su oración.

Más adelante hallaremos otros ejemplos de este sublime patriotismo de los Santos.

(*Luz Católica*, núm. 28=11 Abril 1901).

Mucho pueden las oraciones de los Santos; pero no bastan para satisfacer definitivamente á la justicia de Dios por los pecados sociales, si los hombres no hacen penitencia. Por eso dijo el Señor en otra ocasión á Sor Dominga del Paraíso.

«¡Oh ingratísimos! Me ofenden sin cesar, y yo obtengo de mi Padre el perdón; pero ha llegado ya el tiempo de no concederles misericordia. Si movidos de contrición y fe retornasen al gremio de mi Iglesia, facultad tiene mi Vicario para absolverles; pero es muy difícil su retorno, porque todos quieren vivir á su placer. Doy misericordiosamente á todos luz suficiente para que conozcan la gran eternidad del cielo y del infierno, pero les arredra la penitencia. ¡Ay, ay de de los que no hagan penitencia!»

Díjole también: «Enviaré una trompeta—un gran predicador ó un hombre verdaderamente apostólico, entiende Da Macello—que sonará: *¡penitencia, penitencia!*». Porque «sólo la penitencia puede desarmar la cólera de Dios», exclamaba el Santo B. José Labre, moribundo, prediciendo á su confesor los castigos de todo un siglo.

Penitencia pidió la Santísima Vírgen en la Saleta, y en Lourdes exclamó por tres veces: «¡Penitencia, penitencia, penitencia!»

Este es el grito de salud con que el cielo nos amonesta, hoy más que nunca, por boca de los Profetas y de los Santos: hasta el hermano José María Ortíz, anda por esta España predicando de palabra y de obra: *¡penitencia!*.

Almas grandes hay que no sólo hacen penitencia por sí mismas, sino también por los otros. La profecía de la Cartuja, que con el abate Curricque hemos citado otras veces, dice así:

«Vi un gran número de personas que parecían aceptar la muerte en expiación de sus pecados; pero ví también muchos que se desesperaban á vista de la muerte. En medio de aquel trastorno, me pareció oír este grito resonando en todas partes: *Haz penitencia y repara por tantos crímenes; repara por ti y repara por los otros*».

«¡Pobre Europa!, decía la favorecida de la Saleta. Si yo no conociera la bondad, la misericordia y el poder de Dios, me inclinaría á creer que todo está perdido, y que el Señor quiere un exterminio total. Pero Dios puede hacer un milagro y cambiar enteramente la faz de la Europa. *Suframos y ofrezcámonos, supliquemos, conjuremos, prometamos é inmolémonos*».

Inmolémonos como la estigmatizada Margarita Bays, á quien la Santísima Virgen entregó una cruz, diciéndole que padecería por el mundo «un tormento particular». Apretaba después Margarita la cruz en su pecho y exclamaba: «¡Oh Santa Víctima! justo es que yo padezca con Vos. No escuchéis mis repugnancias... ¡Yo abrazo la cruz, yo quiero morir con Vos»!

Inmolémonos como Luisa Lateau, la estigmatizada belga que padecía tormentos indecibles, y que fué reconocida por buenos doctores místicos como víctima que Dios se escogía por los pecados que en la segunda mitad del siglo XIX se cometían, sobre todo en París y Roma.

Inmolémonos como Santa Angela de Foligno, como la Beata Hosana de Mantua, como la Beata Alicia de Schaerbeeck y otras almas escogidas que en mil ocasiones ejercieron el oficio de reparadoras y fueron víctimas expiatorias ante el Señor.

Inmolémonos como la santa religiosa, á quien el Venerable Souffrand encargó, según palabras de ella citadas por Curricque:

«Que buscase cierto número de víctimas voluntarias que ofreciesen el sacrificio de sus vidas por la Iglesia y la Patria. He hallado algunas, añadía la religiosa; ignoro si el número es suficiente: ya han muerto, menos dos que viven aún; pero una enfermedad del pecho no tardará en llevarlas al cielo».

Inmolémonos como otras dos estigmatizadas de quienes dice el mismo autor, tomándolo de *La Buena Lectura* de Tournay, que siendo más elevadas en santidad que Luisa Lateau, han padecido más que ella y han expiado, bajo la tortura del más agudo y extraordinario tormento, las numerosas abominaciones come-

tidas en Italia y Francia, por los años 1869 y siguientes.

¡Cosas de mujeres histéricas! dirán esos hombres que tienen mucha fe, mucha, pero nunca creen estas comunicaciones de Dios con sus siervos. En efecto; cosas de mujeres que unas veces tienen los nombres dichos y otras se llaman Teresa de Jesús y Catalina de Sena; cosas de mujeres á quienes el divino Esposo dice, como á la Madre María de Jesús:

«Quiero que seas una víctima continuamente ofrecida por el amor y pronta á ser inmolada como me plazca».—«Y enseguida, dice ella, me ofrecí al Señor para ser en todo inmolada según su agrado, por su amor y *por la salud de mis hermanos*».

«Los hombres, dice la profecía *Grito de Salud,* son, hasta cierto punto, solidarios unos de otros; no porque los crímenes de unos puedan imputarse á otros, por lo que hace á su salvación, sino en cuanto esos crímenes se imputan hasta cierto punto por lo que hace á la reparación. *Hay una parte de reparación que debe ser satisfecha por las almas justas, por víctimas inocentes, por almas en estado de gracia*».

Y ¿quién mejor que las almas puras, sencillas y humildes? Esto es de absoluta conformidad con todas las Escrituras.

«Cuando los crímenes aumentan sin cesar, prosigue el Señor en el *Grito de Salud*, cuando los que son míos ó se convierten á mí no hacen una reparación voluntaria suficiente por sus faltas, y no se encuentra bastante número de almas que se ofrezcan á satisfacer, sucede entonces que, después de advertir y prevenir, castigo: castigo á los pecadores para que escarmienten; castigo á los que en cierto modo pueden llamarse justos, aunque á mis ojos no merezcan ese nombre, para hacerles expiar las culpas en que no han reparado bastante, imponiéndoles la expiación que no ha querido hacer de buen grado; castigo también á las víctimas justas, santas, inocentes, agradables á mis ojos y que ya han satisfecho por sí mismas y reparado por otros, á fin de que llenen la medida de repaciones necesaria para que pueda yo derramar de nuevo mis beneficios y mis gracias. *Tales son las tres clases de personas que van á ser castigadas.* Esfuércese, pues, cada uno en purificarse y reparar, á fin de poder atenuar los males; y si uno es

escogido por victima, sea una víctima de suave olor en mi presencia; sea una víctima santa».

En otra profecía, aducida también por el abate Curricque, leemos que dijo el Señor á un alma santa:

«Anda, dí á tu Cura que pido con instancia la *Obra de reparación* de que ya he hablado. La adoración perpétua, establecida en la Diócesis en estos últimos tiempos, me agrada mucho; pero no tengo en ese solemne ejercicio una víctima que se sacrifique toda á su Dios. Quiero *víctimas reparadoras* para salvar al pueblo rebelde, sobre el cual está levantada mi ira y mi brazo pronto á caer».

«En confirmación de nuestra fe y holocausto por los pecados públicos, ofrezcamos el corazón al Señor», como el Beato Bartolomé de Saluzzo, que esto decía: ó como dijo el Señor á la gran penitente Margarita de Cortona:

«Lánzate á grandes pasos por el camino de la cruz, y obtendrás el gran bien que ambiciona tu alma».

Consúltese todo esto con lo que *Luz Católica* nos ha dicho varias veces acerca de una «Hermandad de expiación», especialmente en el número 25, pág. 394 (1).

(*Luz Católica*, núm. 35=30 Mayo 1901).

---

(1) Hállase formalizada esta Hermandad, con su Regla, bajo el título de *Milicia de la Cruz*.

CAPÍTULO VI

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN EL PROVIDENCIALISMO Y LA CRÍTICA

CAPÍTULO VI

RACIONALIDAD DE LA CUESTIÓN

SEGÚN EL PROVIDENCIALISMO Y LA CRÍTICA

I

Crisis sobre interpretación de Profecías.

Principios.

Así respecto de la profecía como de la historia, la prudencia crítica está tan lejos de la credulidad que lo admite todo, como de la temeridad que todo lo rechaza; pero es muy difícil hallar un justo medio, porque no es posible dar reglas tan fijas y concretas como las de cualquier ciencia ó arte.

Para discernir é interpretar las profecías modernas, no solamente se requiere leerlas mucho y pesarlas muchísimo, sino conocer muy bien el espíritu de la Iglesia, la historia y su filosofía, la lógica y todas las ciencias con las profecías relacionadas; y sobre todo, se requiere un conocimiento relativamente claro de la filosofía de la Providencia en el gobierno del mundo. Esto aparte de la luz que Dios se digne comunicarnos.

Humanamente hablando, cuando el intérprete reune todas las condiciones sobredichas, él mismo parece un profeta, tanto es lo que prevé y predice, comparando hechos con hechos, tiempos con tiempos, ideas con ideas, reglas con reglas, ora formuladas, ora

implícitas: tiene lo que llamamos *previsión*, en la cual sobresalieron recientemente, como dijimos ya, Aparisi Guijarro, el conde de Maistre, Donoso Cortés, Chateaubriand, Villoslada, Veuillot y otros ingenios del Catolicismo.

La filosofía de la Providencia no es utopía. Cierto que *Deus deorum libere egit;* pero no obra al antojo, sino que todo lo hace *in numero, pondere et mensura*, y *attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter*. Dios es lo único estable, lo único invariable; nada hay tan fijo. Si conocemos tan imperfectamente las leyes providenciales ó eternas de su gobierno que es temporal, defecto es de nuestra pequeñez: cuanto mejor se estudian, se ven más claras. El que se haya empapado en la Suma de Santo Tomás, conoce muchas sin que se las digan. Aquí no son del caso; pondremos en su lugar dos de los principios fundamentales de la filosofía providencial.

El primero está formulado por Dios mismo, y dice así: *Ego quos amo arguo et castigo;* «Yo arguyo y castigo á los que amo». A los réprobos los premia en este mundo, por algún bien natural que hacen, no habiéndolos de premiar en el otro.

Esto por lo que toca á los individuos. En cuanto á las sociedades, son del tiempo y no de la otra vida, por lo cual son aquí infaliblemente premiadas ó castigadas, según sus obras. De aquí el segundo principio, expresado por León XIII como sigue:

«Los pueblos y naciones, porque más allá del espacio de este mortal siglo no se pueden propagar, menester es que en la tierra lleven el merecido de sus obras».

La comparación lógica de estos dos principios, y otros de ellos derivados, con la experiencia y conocimiento de la historia y de la psicología social, constituye nuestra filosofía acerca de la Providencia; por donde se ve que, con el gobierno de Dios por un lado y la historia y demás por otro, podemos conje-

turar algo de lo futuro, conforme con lo del Apóstol: «Las cosas invisibles de Dios se hacen visibles por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas».

En efecto: la historia de ayer es la de hoy y será la de mañana; por aquélla puede conjeturarse ésta, lo cual fué expresado por el Eclesiastes con estas palabras que son la ley fundamental de la previsión: *¿Quid est quod fuit? Ipsum quod futurum est. ¿Quid est quod factum est? Ipsum quod faciendum est. Nihil sub sole novum,* etc. Esto es: «¿Qué es lo que hasta aquí se ha hecho? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se ha de hacer. Nada nuevo hay debajo del sol, ni puede nadie decir: he aquí una cosa nueva; porque ya existió en los siglos anteriores á nosotros».

Casi lo mismo vino á decir el Salmista:

«Los cielos publican la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos. Cada día transmite con abundancia al siguiente estas voces—*dies diei eructat verbum*—y una noche comunica su ciencia á la otra».

«Si queréis ver lo futuro, dice el Padre Vieyra, leed las historias y mirad lo pasado; si queréis ver lo pasado, leed las profecías y mirad lo futuro. Mirad hacia lo pasado y hacia lo futuro, y veréis lo presente».

Así, pues, el que anda bien fundado en la filosofía de la Providencia y de la historia, y prevé sucesos que también se deducen de las profecías, no tema engañarse: son dos testimonios que, juntos, tienen gran autoridad.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

Reglas críticas.

Para leer con fruto las profecías se ha menester, como hemos dicho, alguna luz de la filosofía de la Providencia, la cual ayuda también á discernir las verdaderas de las falsas. Para este discernimiento señaló el Deuterenomio (XVIII, 22) el cumplimiento de la profecía por regla; si no se cumple, no es profecía. Lo mismo vino á decir Jeremías Profeta (XVII, 9).

Parece esta regla vulgar y casi ridícula; sin embargo, es la única, porque si bien la veracidad, doctrina y santidad del sujeto son una garantía, no son regla infalible, pues hombres muy malos pueden ser profetas, como lo fueron Balam y Caifás, y hasta puede serlo el demonio (1).

Con todo esto, los exégetas han desmenuzádo esta regla en otras varias, todas perfectamente aplicables á las profecías de los siglos cristianos. Las principales de la crítica filosófica son:

1.ª Pesar y profundizar con madurez el texto profético y su contexto.—2.ª Determinar cuidadosamente el fin y la intención de la profecía en general y en cada una de sus partes.—3.ª Examinar las circunstancias particulares del autor, objeto, tiempo, lugar, motivo de su obra, etc.—4.ª Comparar sus pasajes obscuros con los análogos de otras profecías. 5.ª Conciliar las antilogias ó contradicciones aparentes.—6.ª Si no pueden conciliarse, ó si hay otras dudas, consultar otros profetas, los Doctores de la Iglesia y las ciencias á que se refieran las dudas.

Practicando bien estas seis reglas con ayuda de los principios expuestos, no es difícil saber si las profecías son tales, ni interpretarlas; pero así como estas seis reglas suponen dichos principios, así suponen también otras reglas, como son las de la crítica general y las de la crítica histórica. Las de la general ó *hermenéutica*, que quiere decir «arte de interpretar», son de dos clases: unas se refieren al traductor, otras á él y al expositor. Aquéllas son dos:

1.ª Dominar las lenguas de que se traduce y en la que se traduce.—2.ª Dominar la materia de que se trata, para traducir el pensamiento y no sólo la expresión.

(1) El lector debe consultar, si desea conocer las principales reglas críticas de probabilidad de revelaciones y profecías, nuestra obra *Revelación de un Secreto*, CRISIS.

Las otras son: 1.ª Procurarse las copias ó códices más correctos.—2.ª Examinar si la locución es propia ó metafórica.—3.ª Tener en cuenta el tiempo, objeto, vida, costumbres, doctrina, etc., del autor.—4.ª No juzgar por frases aisladas, sino por el conjunto, según los principios que lo informan.—5.ª No buscar la mente del autor en los pasajes ó frases incidentales, sino en los que tratan expresamente del asunto.—6.ª Explicar las proposiciones obscuras por las más claras.

Las reglas de crítica histórica son también de dos clases. La primera, fundada en el principio de autoridad de los antiguos, abraza tres, y son:

1.ª No es lícito apartarse del testimonio de los antiguos escritores, no habiendo firmes y constantes razones que prueben lo contrario.—2.ª Débese estar al testimonio del que refiere el suceso por haberse hallado presente ó por haberlo recibido de quien lo vió, si es público y el escritor no es parcial ni mezclador de fábulas, y si no hay contemporáneo grave que lo contradiga.—3.ª El argumento negativo, tomado del silencio de los antiguos, no es por sí solo suficiente para excluír la fe de los asuntos.

La otra clase, que sirve para el buen uso de la anterior, contiene estas cuatro reglas: 1.ª Es temeridad y abuso de la crítica apartarse del testimonio de los antiguos, sin firmes y graves fundamentos, sólo por algunas conjeturas.—2.ª En caso de insuficiencia de razones, más vale la credulidad reverente que la tenacidad en la crítica.—3.ª El crítico debe ser totalmente imparcial.—4.ª Siempre debe usar de modestia, aun con aquellos de cuya sentencia se aparta.—Podríamos añadir una 5.ª para las profecías, de este modo: Cuando una parte de alguna profecía se ha cumplido, hay prueba evidente de la legitimidad de la profecía, y debe esperarse el cumplimiento de lo restante.

Cuando ninguna de todas estas reglas se olvida

en la práctica, es fácil discernir las profecías: la dificultad está en que aquéllas se empleen bien. Una profecía falsa no las resiste; nosotros mismos, valiéndonos de ellas, hemos hallado algunos infundios que pasaban por profecías. Las auténticas, las verdaderas, como son las que hemos publicado en *Luz Católica*, aunque no se sepa con certeza el nombre del autor, se mantienen firmes como rocas á todos los embates de la crítica, excepto en alguna palabra, si la hay, alterada por los copistas. Críticos impíos las han examinado por curiosidad, y han acabado por respetarlas. Examínelas el lector imparcialmente, no las rechace *á priori*, y verá que son dignas de respeto y de fe.

La filosofía de la Providencia y la de la historia, que en lo principal son una misma, son lo más importante en este asunto. Ningún tratado se ha escrito de una ni de otra, que sepamos. El italiano Bertola, según César Cantú, publicó un libro intitulado *Filosofía de la Historia*; pero dice Cantú que nada tiene de lo que indica este título presuntuoso.

La escuela de Voltaire y de Condillac, imitadora de la griega, introdujo el filosofismo en la historia, sin historia ni filosofía; la escuela «nacional» de Hegel y la «sobrenatural» de Niebuhr van al error por extremos opuestos, dejando en medio la verdadera filosofía de la historia, que es la de la Providencia. Hoy el principio fundamental de dicha filosofía es, por regla general, la pasión de partido: cada uno filosofa en historia según el partido á que pertenece.

Pero tiene la filosofía de la historia un principio incorruptible que se levanta por encima de todas las degeneraciones, y es el instinto de la humanidad, el sentido común, la luz de que habló David, diciendo: *signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*. Esa luz, ese instinto general no se engaña: *Vox populi, vox Dei*.

Y ese instinto ó luz de lo alto dice que las pro-

fecías van á cumplirse; que la sociedad no puede seguir así; que la guerra general viene; que el Gran Monarca está á las puertas, y con él la paz general y el reinado de la justicia. No; el instinto general de la humanidad no se engaña; lejos de eso, todas las profecías, todas las previsiones y reglas de la crítica lo confirman.

(*Luz Católica*, núm. 18=31 Enero 1901).

II

La Providencia y la libertad.

Remedios divinos.

Cada día hay menos fe práctica en el Gobierno de la divina Providencia. Decimos práctica, porque especulativamente apenas hay quien no se tenga por más creyente que Abraham. Faltando la fe práctica, natural es no esperar en los remedios divinos como nuestros padres, sino en los recursos humanos, y de ahí que hasta los creyentes en brujas se nieguen á creer en la venida del Gran Monarca. Para ellos especialmente vamos á trascribir una hermosa página del clásico Padre Fr. José de Sigüenza.

«Vió la sabiduría de Dios, dice, que la malicia y envidia del demonio no había de tener fin, ni abajar de su soberbia un punto; sino que había de irse extendiendo al mismo compás de los siglos, procurando en todos ellos quitarle á Él la gloria que se le debe, y al hombre los bienes que se le han prometido. Y así, Dios por el mismo suceso, y como por sus mismos pasos, fué proveyendo de remedio contra sus daños, y de reparos contra el estrago de sus envidias.

En el tiempo que los caldeos quisieron persuadir al mundo que todas las cosas pendían del curso de las estrellas, y que ellas eran la primera y verdadera causa de los sucesos humanos (engaño que el demonio les puso en los entendimientos), sacó Dios á luz al patriarca Abrahám, que haciendo como una escala de la misma filosofía, subiendo por los grados del conocimiento de las cosas visibles, vino á dar, llevado por Dios, en un principio más alto; y dejó abierta en el mundo una admirable senda de fe y obediencia divina, y dió principio de verdadera luz á los ojos de los hombres, que estaban ciegos con la falsa de las estrellas.

Después los egipcios, hechizados con la astucia de este mismo enemigo, dieron en supersticiones y agüeros, envol-

viéndolos el demonio, para mejor engañarlos, en unas apariencias de cosas, que llamaron ellos arcanas y divinas. Para remediar este daño, proveyó Dios de un Moisés, que después de haber alcanzado de esta su ciencia cuanto de ella se podia esperar, les mostró abiertamente cuán vano fundamento tenía todo aquello: y que si no era lo que por merced divina se comunicaba á los hombres de las cosas sobrenaturales, todo lo demás era ilusión y fantasía, ó una cosa que no se levantaba del suelo.

Cuando las cosas del pueblo de Israel andaban tan quebradas, que olvidados de aquella santa ley que recibieron de Dios por medio de los ángeles, unas veces idolatraban y otras se volvían á Dios, ya tornaban á negarle, ya se mejoraban de estado y ya tornaban á la primera miseria; levanta Dios un Samuel, que los corrige y detiene en las buenas costumbres y antigua fe de sus padres, conciértales la república, y asiéntala debajo de una cabeza y un rey, para que de allí en adelante no anduviesen tan varios y movedizos.

Después algunos, y aun muchos, de estos sus reyes, menospreciando por sus gustos y por sus intereses las santas leyes y ceremonias dadas del cielo, dieron consigo (y lleváronse tras sí poco menos todo el pueblo, que es inclinado á caminar á la huella de sus príncipes) en la primera idolatría, y junto con ella en todos géneros de vicios que se pueden imaginar. Para tanto estrago y dolencia, fué necesario que acudiese Dios, como suele, con Elías: que no fuese menos la fuerza de sus virtudes que la de los vicios del rey y su pueblo. Hombre en la vida, palabras, obras y celo, tan contrapuesto á todo lo que en Israel se usaba, que se veía de manifiesto haberle levantado Dios para que fuese remedio general de tantos daños.

No estaba en menor extremo de miseria el pueblo escogido cuando en él reinaba el intruso Herodes, ni los vicios de avaricia y ambición, hipocresías, usuras, simonías y homicidios estaban en más bajo punto, cuando levantó Dios otro nuevo y no menos celoso Elías. Este, pues, que en tal sazón levantó Dios, fué San Juan Bautista: con el cual, no sólo pretendió lo que con los otros, que era poner algún reparo y defensa á la furia de tantos males; más aún también, que fuese un como lucero del nuevo sol y luz que venía al mundo: esta luz, declarada por el mismo sol Cristo, y la semilla de la nueva del reino y libertad del hombre, con los altos pregones de los apóstoles manifestada y planteada, y con la sangre de los mártires regada y crecida.

Quien atentamente mirare la corrida que hasta aquí ha hecho el mundo, y el suceso de los tiempos, descubrirá muy

claro el cuidado y la providencia con que ha siempre acudido el cielo al remedio de las necesidades de los hombres. Son los ojos de Dios de larga vista, sin tasa de lugar ni tiempo; y van muy adelante de las cosas, que por sus veces suceden unas á otras. Todo lo mira, todo lo penetra, todo lo provee y dispone con tanta suavidad, que ello mismo parece que se cae de su peso; sin torcerlo, violentarlo, ni moverlo más de aquello que pide su paso.

Esto se manifiesta en todas las cosas naturales, tan claro que se nos viene á los ojos; y en las cosas que entran en el género de libres, y son señoras de sus obras, resplandecen más los efectos».

(*Luz Católica*, núm. 87=5 Junio 1902).

Coincidencias onomásticas.

La historia no puede explicarse sin el estudio de las coincidencias. Estas las dispone Dios Nuestro Señor para hacer ver que es su Providencia la que dirige los hechos y acontecimientos; que es El quien, para su gloria, único fin perfecto, hace ó permite las cosas todas.

Las coincidencias, históricamente consideradas como nosotros las consideramos, son de todo punto necesarias para el examen y la observación históricos.

Estas coincidencias tienen el secreto histórico de unir los tiempos más distantes, hacer concurrentes personas y hechos, al parecer, desproporcionados y desemejantes. Es que Dios mismo ajusta y adapta unos hechos á otros, unos sucesos á otros, conformando todos los acontecimientos para que se vea que toda la historia es un plan providencial divino.

Este plan no sólo es universal, sino que dentro de él caben otros planes especiales y singulares, y aun particularidades históricas. Nosotros mismos, sin temor de ser desmentidos, podemos afirmar que hemos presenciado cómo ciertes géneros de hechos vinieron por los mismos conductos, verificados ora por personas de idénticos nombres, ora de los mismos ape-

llidos, por donde se ve que la divina Providencia no sólo conserva los seres constantemente, sino que á la vez los clasifica, haciendo que ni un momento deje de verificarse el ritmo divino de la Creación.

Las coincidencias, entre los hombres no ilustrados se llaman *suertes,* no siendo más que disposiciones providenciales divinas; y entre los ignorantes se llaman *casualidades*, siendo así que éstas son negativas, y por lo tanto no existen ni son más que producto de la ignorancia humana. Tampoco las coincidencias son meras ocasiones, sino hechos ocasionados ú ocasionables por causa del mismo plan divino.

Sugiérennos estas observaciones otra que es de actualidad y que indudablemente explica lo pasado y lo futuro de España; una serie de coincidencias que se ven en la historia de ésta y en que pocos se han fijado. Diremos algo de ella, suprimiendo fechas que podrán añadir los aficionados á la historia de España.

Dicha serie es la de los Príncipes que llevaron el nombre de Carlos, cuya etimología es *Kilor,* traducida en *Kirlos* y terminada en *Carlos,* nombre de uso actual. Todos estos príncipes vivieron con disidencias y tuvieron que abdicar ó renunciar sus derechos. Citemos algunos.

Los que dió el rey de Castilla á Carlo Magno sobre el territorio castellano, fueron renunciados por el segundo, huyendo primero de España y abdicándolos después.

Los que correspondían á Carlos, príncipe de Viana, los tuvo que abdicar, muriendo por orden de su padre el rey D. Juan de Aragón, después de no pocos disturbios.

Los que pertenecían á D. Carlos I de España, los cedió después de muchas guerras, abdicándolos y retirándose al monasterio de Yuste.

Los correspondientes al príncipe D. Carlos, hijo

de Felipe II, por su conducta los perdió en la cárcel donde murió.

Los que tuvo por su dinastía austriaca Carlos II de España, quitólos á dicha dinastía después de muchas guerras con Francia, dejando la corona á Felipe, nieto de Luis XIV.

Los que alegaba á la misma corona el archiduque Carlos, contendiente del mismo Felipe, se desvanecieron con las guerras de sucesión y tratado de Utrecht.

Los que tuvo Carlos III en Nápoles y Sicilia, á costa de tantos disidencias y guerras, los tuvo que ceder á su nieto el Infante de Caspe.

Carlos IV tuvo que abdicar primero en su hijo y luégo en Napoleón, después de terribles motines y guerras.

Y después, todos saben las guerras y abdicaciones de Carlos V y Carlos VI, así como la guerra y demás de Carlos VII, respecto de quien consta ya nuestro juicio fundado en pruebas irrebatibles.

Aunque el hombre está dotado de libertad, no llega ésta á turbar en lo más mínimo el orden social establecido por la misma Providencia, porque Dios hace compatible el orden con la libertad humana; y así es que hasta la enemistad de unas personas, sus percances, agravios, etc., hace que sean provechosos, útiles y saludables á los que las sufran.

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1901).

Armonía de los hechos libres.

Para que mejor conste la verdad de este pequeño estudio, en el artículo III de este mismo capítulo pondremos una serie de coincidencias de fechas y números, cuyo providencialismo, si no todos nuestros lectores descubren, al menos agradará á todos por lo curiosa.

De las coincidencias en acontecimientos históricos, mucho podríamos decir si el tiempo nos lo permitiera, y hallaríamos notas tan significativas como las referentes á los que inauguraron y acabaron los imperios de Oriente y de Occidente. El primer emperador de Oriente se llamó Constantino, y su madre Elena; el último también se llamó Constantino, y su madre también Elena. El primer soberano de Roma fué Rómulo, y el último se llamó también Rómulo.

Tenía éste el sobrenombre de Augusto (*Augústulo* se le llamaba por menosprecio), y su antecesor en el imperio se llamó Julio; lo cual nos da otra *coincidencia:* Julio y Augusto fueron los fundadores del imperio romano, y Julio y Augusto fueron sus dos últimos emperadores.

Godoy y Escoiquiz fueron los iniciadores y cabecillas de los dos bandos que dentro del palacio de Carlos IV se disputaban la corona; Godoy y Escoiquiz los que llevaron ambas partes á pedir el apoyo de Napoleón, y Godoy y Escoiquiz los que por ambas partes estamparon su firma en la infame abdicación que de sus derechos hizo en favor de Napoleón toda la Real Familia.

El Infante D. Carlos (Carlos V) se rebeló por su hermano D. Fernando contra los derechos de su padre Carlos IV, y su hermano D. Fernando le privó á él de los suyos.

A 29 de Septiembre firmó su hermano el testamento en favor de Isabel II, y á 29 de Septiembre, y á la misma hora en que se puso aquella firma, pasaba Isabel II el Bidasoa huyendo de España.

¡Cuantas analogías de este género hallaríamos en las historia! Algunas más trascendentales descubrimos ya en *Luz Católica*, al hablar de la *Cuarta Generación*. No las repetiremos, pero sí lo que entonces dijimos acerca de la libertad del hombre con relación á los

acontecimientos de la historia, providencialmente considerados.

Es inefable, decíamos, la armonía hasta hoy apenas sospechada, que hay en la historia de las diferentes edades, épocas, siglos y generaciones, de las cuales son las primeras imagen profética de las segundas y éstas de las siguientes; por manera que, bien entendida una, sábese en sustancia cuál es la historia de las que siguen. Si Dios obra libremente, no obra al antojo, pues todo lo hace *in numero pondere et mensura*, y *attingit a fine usque ad finem fortiter et disponit omnia suaviter*.

La libertad del hombre, use éste bien ó mal de su libre albedrío, no puede burlar la libertad y voluntad de Dios. Dispone Dios las cosas de suerte que los hechos más diversos de la libertad del hombre son cumplimiento necesario de lo que Su Divina Majestad tiene previamente decretado, sin que por esto deje el hombre de obrar en virtud de su libertad. El Dios que creó la naturaleza libre, bien puede ordenarla y moverla dejándola libre. Y lo que acontece con las obras libres de los individuos, eso acontece con la suma parcial ó total de dichas obras, ó sea con los hechos y la historia de las sociedades y naciones, generaciones y centurias, épocas y edades.

Con libertad se hace todo; pero esta libertad obedece, sin menoscabo alguno, á lo que Dios por orden suya ó por su consentimiento dispuso desde la eternidad para el orden material y moral del universo; de otra suerte, tendremos que decir que en el universo acontecen hechos no dispuestos por Dios.

Pues bien; el orden de estos hechos libres es tan armónico, tan inefable, y al mismo tiempo tan claro, que en cada una de las edades, sean del mundo ó de la Iglesia, se descubren los mismos acontecimientos que hubo en las otras, con solas aquellas variantes que exige la perfección ordinal con que sucesivamente va

cada una aproximándose á la consumación final del orden.

Los versados en historias sagradas y profanas, vayan comparando los hechos comprendidos en cada uno de los acontecimientos indicados en el estudio á que antes nos hemos referido, con los comprendidos en sus correspondientes, y hallarán en todos analogías sin fin que nosotros ni siquiera disponemos de espacio para indicar. Y los que quieran ensanchar más el campo, comparen, no ya las generaciones cuando acaban y empiezan, sino todo el tiempo de cada una con el de las otras, y tendrán por qué admirarse y adorar el eterno Autor del orden perfectísimo de tantas concordancias, reputadas casualidades ó vaivenes fortuitos de la libertad humana.

Repitámoslo. El Sabio se pregunta y se responde:

«¿Qué es lo que hasta aquí ha sido? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se ha de hacer; nada nuevo hay debajo del sol, ni puede nadie decir, he aquí una cosa nueva, porque ya existió en los siglos anteriores á nosotros».

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1901).

III

Números y fechas.

El número 7.

San Agustín dice en la «Ciudad de Dios»:

»No se debe despreciar la influencia de los números, pues en las santas Escrituras existen pasajes muy verdaderos de las combinaciones que nos ofrecen».

Las observaciones siguientes tienen por objeto indicar la frecuencia con que se repite el número 7 en la historia sagrada, así como en la profana, de lo que San Agustín ha dicho: «Que podría extenderse demasiado sobre la perfección de la combinación septenaria».

Vamos á exponer algunas pruebas. La historia religiosa nos suministra los mayores ejemplos septenarios: se los encuentra en cada página del viejo Testamento. Desde la creación del mundo parece que este número debe ser consagrado de una manera divina. Dios creó el mundo en seis días, y descansó el séptimo, número fatal de la semana. Recorramos la Biblia, y observaremos que Jacob trabajó siete años para obtener á Lia, quien en siete años le dió siete hijos, y otros siete invirtió para unirse á Raquel, que cesó de ser estéril al cabo de siete años.

La manutención del pan sin levadura duró siete días, como la fiesta de los Tabernáculos.

Faraón vió siete vacas gordas y siete espigas granadas que fueron devoradas por otras tantas vacas y espigas sin granar.

·Naamán se curó de la lepra después de haberse bañado siete veces en el Jordán.

Siete son también las plagas de Egipto, siete los salmos penitenciales, siete las veces que el justo peca al día, siete las corderas de Abraham, siete los maridos de Sara de Tobías, siete los hijos de Job.

En el Nuevo Testamento vemos á Jesucristo peregrinar siete años en Egipto, entonar siete peticiones, pronunciar siete palabras en la cruz, aparecer siete veces á sus discípulos, y enviarles el Espíritu Santo con siete dones.

También manda perdonar siete veces setenta veces, preguntado por San Pedro si sólo perdonaría hasta siete veces.

En la Iglesia se cuentan siete sacramentos, siete horas en el rezo, siete pecados capitales, siete virtudes principales, dos veces siete obras de misericordia, siete dolores y siete gozos en la Virgen, siete otros también de San José.

La parte de las Sagradas Escrituras donde brilla con más fuerza la significación del número siete, es sin contradicción en el Apocalipsis: El apóstol ve siete iglesias, siete candeleros de oro, siete estrellas en la diestra del Redentor, siete lámparas delante de su trono, un cordero con siete cuernos que rompe los siete sellos del libro sagrado, siete ángeles que tocan siete trompetas, y otros siete que llevan siete copas llenas de la cólera de Dios. Ciertamente, considerando esta persistencia en la combinación del número siete en la inspiración del Apocalipsis, es difícil no atribuirle un sentido profético.

Si nos remontamos á otro orden de ideas, veremos la organización de la naturaleza suministrarnos á cada instante una demostración de la influencia del número siete: hay siete colores primitivos, siete gustos, siete olores, siete sonidos en la música; cada siete años, como hace notar Cabanis, ocurre una crisis decisiva en la organización física del hombre, y asimismo en su estado moral é intelectual. Los antiguos

contaban siete planetas, siete sabios de Gracia, siete maravillas del mundo y siete metales. También nos hace notar más adelante que la semana tiene siete días, y esta división que se remonta al origen del mundo, se ha practicado en el Oriente, en la Judea, en la Arabia, en la China, en la India y en las ciudades cristianas.

Si echamos una mirada sobre la historia, vemos que, por una notable singularidad, el número siete va unido á los príncipes que por sí mismos ó por los acaecimientos verificados en su reinado han ocupado un lugar importante en la historia. Roma, la ciudad de siete colinas, es entre las demás ciudades la predestinada á grandes cosas; Gregorio VII, el más ilustre de los Papas; Clemente VII, célebre por sus cartas contra el cisma que dominaba en Inglaterra en su pontificado; Clemente XIV, por la abolición del instituto de San Ignacio; Pío VII, el prisionero de Napoleón, en la corte de Francia, recordó á Luis VII y su desastrosa cruzada; Carlos VII, coronado por el heróico valor de Juana de Arco; Luis XIV con sus victorias, ilustrado igualmente por la fortuna y por la adversidad, por su grandeza y por sus alabados vicios.

En los tiempos menos remotos, el número 7 y sus múltiplos, como el 14, 21, 28, 35, etc., no hacen un papel menos digno de consideración.

En el principio de este siglo tenemos en 1807 la creación de la Universidad: las conquistas de la Silesia y de Portugal; las victorias de Eylan y de Fricelland; en 1814 la invasión de los aliados y la caída del imperio; en 1821, la muerte de Napoleón en Santa Elena; en 1828, la caída del ministerio Villele, la formación del ministerio Martignac, y el principio de la sorda insurrección liberal que condujo la Francia á la revolución del año 1830; en 1835 Fieschi atenta contra la vida del rey; en 1842 acaece el incendio de Hamburgo, la catástrofe del camino de hierro de Versalles,

y la muerte del duque de Orleans, que no ha sido por cierto de poca influencia para la suerte de la monarquía».

En 1848 se derriba el trono de los Orleans, se proclama la República Francesa y por presidente á Luis Napoleón, el cual, después de tres veces siete años, pierde su imperial corona en Sedán en 1878 y de nuevo se proclama la República.

En España tenemos á Fernando VII *el deseado*, la familia real española libre del cautiverio en 1814, la sublevación catalana en 1827, la muerte de Zumalacarregui en 1835. Tenemos también á Carlor VII que nació en 1848, cuyos números encierran 264 veces el número 7, que en 1867 verificó su matrimonio con Doña Margarita y en 1870 declaró que quería gobernar por sí mismo, como si empezara su reinado. Los acontecimientos que se prevén harán todavía más célebre el número 7.

Centenares de datos podríamos añadir sobre los misterios del número 7; pero bastan para nuestro intento las anteriores. En el artículo IV diremos de dónde procede la influencia de los números y fechas, punto en que la superstición halla mucho de que alimentarse.

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1902).

Coincidencias numéricas.

Reservando para el art. IV de este capítulo, como queda dicho, el filosofar sobre lo que hay de aceptable y de reprobable en este género de estudios, pasemos ahora á ver las curiosidades de algunas combinaciones numéricas.

El número 14 se halla con frecuencia en la historia de los Borbones.

Enrique IV nació 14 siglos, 14 décadas y 14 años después de Jesucristo, el día 14 de Diciembre; ganó

la más importante de sus victorias en Yvry el día 14 de Marzo y murió el día 14 de Mayo, habiendo vivido cuatro veces 14 años y cuatro veces 14 dias, y por fin se hallan 14 letras en su nombre *Henry de Bourbon.*

Margarita su esposa nació el día 14 de Mayo de 1552.

Luis XIII murió en el 14 de Mayo de 1614 y tenía 14 años cuando presidió unos Estados generales.

Luis XIV subió al trono en 1643. Murió en 1715. Vivió 77 años.

Colocados verticalmente estos números dan con igual resultado el número 14.

1	1	7
6	7	7
4	1	
3	5	
14	14	14

Luis XV murió en 1774.

Entre el asesinato de Enrique IV (1610) y el suplicio de Luis XVI (1793) pasaron 182 años, es decir, 13 veces 14.

La restauración de los Borbones fué en 1814.

Estos números sumados producen el número 14.

Luis XVI encontró fatalmente en su vida el número 21, que es también uno y medio del 14. El 21 de Enero de 1770 envió su anillo á Viena para su matrimonio. El 21 de Enero de 1781 celebró el nacimiento del Delfín su hijo. En 21 de Enero de 1791 huyó á Varennes. En 21 de Enero de 1793 murió en el cadalso. La comisión que lo conducía se componía de 21 individuos.

Luis XVI subió al trono de Francia en. .	1774
Añádase la suma de estos números. . .	19
Murió en	1793

Luis XVI fué coronado en.	1775
Y á 11 de Julio.	1 1
Era el 16 de su nombre.	1 6
Reinó 18 años.	1 8
Total de esta suma el año de su muerte. .	1793
Cayó el trono de los Borbones en Francia en.	1789
La suma de estos números es.	25
Fué su restauración en.	1814
Los desastres de Napoleón empezaron en..	1812
Si se ponen debajo verticales los dos números de este siglo, 12.	1 2
Dan.	1815
Y si se adicionan del mismo modo los dos números del 15, resulta el año de su muerte.	1 5 1821
Los Borbones volvieron al trono de Francia en.	1815 15
Los mismos números suman el año de su caída..	1830

Luis Felipe fué elegido rey en. .	1830	
La suma de estos números es. .	12	
El año de la muerte de su hijo. .	1830	
La suma vertical del producto. .	1842	es 15
y la del 15 es.	6	
El año de su caída..	1848	

Se obtiene igual resultado adicionando al año de la promoción de Luis Felipe (1830) al trono de Francia los números verticalmente colocados del año de su nacimiento 1773, del año del nacimiento de su

esposa 1782 y del de su matrimonio 1809, de este modo:

	1830	1830	1830
	1	1	1
	7	7	8
	7	8	0
	3	2	9
Año de su caída. . . .	1848	1848	1848

Napoleón III nació en. 1808
Su esposa en.. 1826
Se casaron.. 1853
Fué nombrado presidente. . . . 1848
Fué proclamado en. 1852

Hágase igual operación que en el cálculo anterior

1852	1852	1852	1848
1	1	1	1
8	8	8	8
0	2	5	4
8	6	3	8
1869	1869	1869	1869

que fué el último año de su reinado.

Otra operación de la cual resulta doblemente el año de su caída.

1853. Año de su casamiento 1853

Nació Napoleón	1 8 9 8	Nació Eugenia	1 8 2 6
	1870		1870

Los mismos números puestos verticales	1853
	1
	8
	5
	3
	1870 Año de su caída.

(*Luz Católica*, núm. 106=16 Octubre 1902).

Coincidencias misteriosas de fechas funestas.

I.—Es necesario tomar á nuestro siglo papeleador por su parte flaca: él toma nota de todo, y gusta también juntar lo pasado con lo presente para dar un fundamento á sus pretensiones de progreso, libertad y sabiduría. Pues bien; veamos como también ha pensado el Rey inmortal de los siglos en confundir esas pretensiones con los efectos de las mismas pretensiones. Citemos desde luego la celebérrima carta del general Du Temple al *Fígaro*, fechada en Versalles á 24 de Marzo de 1872 y publicada por dicho periódico:

«Señor Redactor: No pudiendo hacerme oír en la Asamblea para que me oiga el país, ¿tendríais la bondad de permitirme usar de la gran publicidad de vuestro periódico para dar á conocer lo más posible, ciertas particularidades relativas á los acontecimientos que han sobrevenido recientemente?

No me dirijo á un periódico religioso porque no se leería, ó no se le creería, como tampoco sería creído un sacerdote si publicase lo que sigue:

El día, no la víspera, no al día siguiente, el día en que nuestras tropas salían de Roma, sufrimos nuestra primera derrota: Wisemburgo y nosotros perdimos en aquella batalla el mismo número de hombres que el de los hombres que salieron de la Ciudad Eterna.

El día en que el último soldado dejaba á Italia, en Civita-Vechia, perdimos nuestra última real batalla en Reischoffen.

El 4 de Septiembre de 1870, día en que se derrumbó la dinastía napoleónica, era el décimo aniversario del 4 de Septiembre de 1760, día en que Napoleón III, temiendo más las bombas de un nuevo Orsini que á Dios, maquinó en una entrevista con Cavour la unidad italiana y la caída del Papado.

El día en que los italianos se presentaban delante de Roma, se presentaron los prusianos delante de París, y la embestida completa de las dos ciudades tuvo lugar en el mismo día.

Por el contrario, el día en que el *Diario Oficial* anunciaba á la Francia que la Asamblea nacional pedía oraciones públicas, un despacho telegráfico anunció á la Francia que un desconocido (Ducastel)—su nombre no fué realmente conocido sino al día siguiente,—habíase visto en los muros de París diciendo: *¡Entrad!*

Y ocho días después, mientras se hacían las oraciones oficiales en la Iglesia de San Luis de Versalles en presencia de la Asamblea nacional y del jefe del poder ejecutivo, un despacho del general Mac-Mahón anunciaba que se disparaban en el cementerio del Padre Lachaise los últimos tiros de fusil, mientras se elevaban al cielo las últimas oraciones. Jamás el ejército se había conducido tan valientemente como durante aquellos ocho días. ¡Ni una sola falta, ni el menor descalabro hubo en aquella guerra tan difícil de las calles!

El embajador está ahora en Roma.

¡Ojalá no tengamos que arrepentirnos de haber creído más en la humanidad que en el poder de Dios!

Recibid, señor Redactor, la expresión de mi distinguida consideración.—F. Du Temple, *Diputado de Ille et Vilaine*».

¡Y cuántas otras coincidencias no se podrían añadir á todas esas fechas misteriosas, aun limitándonos á Francia y á los reinados de Luis Felipe y de Napoleón III! La Escritura ha dicho: *Ojo por ojo, diente por diente.*—Dios añade por la voz del tiempo: *día por día.*

Permítasenos insistir en dos concurrencias de fechas, una relativa al sacro Imperio Romano, y otra concerniente á Napoleón III: el 6 de Agosto, día en que celebra la Iglesia la Transfiguración de Nuestro Señor, es cuando se firmó el tratado de Verdum (6 de Agosto de 1843), de donde salió el Sacro Imperio Romano; dicho Imperio concluyó la paz de Westfalia á 6 de Agosto de 1748, por la cual abrió la puerta á la indiferencia religiosa en política; y Francisco I de Austria abdicó como último emperador romano á 6 de Agosto de 1806.

En cuanto á Napoleón, en 4 de Septiembre de 1870 se reconoció la caída de su trono: pues bien; en 4 de Septiembre de 1860, en medio de todo el prestigio de su poder material, llegó á decir Napoleón III en Chambery, hablando del poder temporal de Pío IX: *Desembarazadme de aquellas gentes: id y obrad pronto.*

¿Quién ha sido más cogido *por la palabra*, así como por el día?

Esto para los políticos y los grandes. Hablemos ahora de los particulares, de la clase media y de los